

Esto y Aquello

Por MANUEL LUIS DEL RIEGO

«Torerías»

YA está de nuevo sobre el tapete la manida polémica que en toros no de los toros se suscita periódicamente en el medio cubano. Sería cosa de hurtar la pluma a tanto lugar común que adorna siempre la disputa para ver esta corrida.—

la única que nos será dable contemplar, según ocurre siempre—desde la comodidad de la barrera; pero el amigo Gastón Baquero ha entrado en la lid con tales bríos, que no aguantamos la tentación de replicar parte de la avalancha de sinrazones con que adereza su artículo de ayer.

En verdad que se nos hace cuesta arriba contemplar al bizarro Baquero, siempre fiel a su voz, señor y dueño de su acento y su tono, engrosando esta vez el coro bronco, el orfeón opaco y disonante de los detractores de la fiesta brava. Gran espectáculo el ver a quien nos tiene acostumbrados al deleite de sus solos vigorosos ensayando, si quiera sea de refilón, un dueto con Emilito Roig.

Porque lo que le afeamos al admirado Gastón quienes lo queremos bien, no es su postura contra la fiesta taurina, de la que tampoco somos fervorosos devotos, sino los desmayados argumentos con que trata de combatirla.

Vamos primero, porque es lo que más urge, al testimonio de nuestros mayores. Cada vez que surge en estas tierras, un empresario con vocación para la ruina que pretende entronizar los toros, surgen los graves varones, los patriotas austeros que sacuden el polvo de sus bibliotecas para exhibir como banderas citas y textos de esclarecidos patricios que alguna vez condenaron o criticaron la fiesta brava. No vemos que haya lógica alguna en tachar de mal patriota a quien abogue por las corridas de toros, simplemente porque a José Martí no le agradara el espectáculo. Ni creemos que sea de muy buena ley el mantener y hacer supervivir lógicos enconos polémicos que tuvieron razón de producirse a raíz de la independencia, pero que hoy, en este año de gracia de 1947, no tienen ya virtualidad alguna.



Para no despistarse en este tema de las corridas lo primero que hay que cuidarse es de dejar a España quietecita, que la pobre nada tiene que ver con que aquí haya cubanos que se «pirrien» por contemplar una «faena». Es más, se equivocaría quien supusiese que en esto de los toros existe un interés por parte de la menguada colonia española, puesto que en su mayoría está integrada por hombres procedentes del norte peninsular donde los toros resultan más exóticos que lo que habrían de resultar bajo el sol habanero. Pobre del empresario que exponga sus pesos en el coso taurino pensando sacarles los cuartillos a nuestros odegüeros. No hay que ser muy vidente para imaginar la plaza vacía mientras los españoles se entretienen mucho más gratamente bailando la muñeira al dulce son de la gaita en los predios de don Julio.

No vale, pues, el traer a colación citas de los patricios, porque o bien están contaminados por una pasión política, que ya no sobrevive, o bien expresan un criterio de sensibilidad particularísimo, que no tiene por qué ser tenido por artículo de fe que haya que suscribir so pena de merecer el sambenito de mal cubano Aviados estaríamos, si hubiera que cumular en todo momento y sobre toda cuestión, con los gustos y preferencias que sobre cosas insubanciales sustentaron los libertadores. Como aviados estamos, precisamente, por no ceñirnos a lo esencial de la prédica doctrinaria de esas mismas autoridades que se citan para lo frívolo y se olvidan de lo trascendente.

Cae Baquero, también, en el tópico del «pietismo» y engrosa el grupo de los que no recatan aspavientos ante la triste suerte del «pobre torito», contra el que se conjugan las sañas de los hombres. Aunque se ha dicho mucho, bueno será el repetir que la crueldad de la lidia «no es para tanto». En una sociedad que acepta el oxeo y permite la lidia de gallos no vemos por qué el toro ha de acaparar todos los lagrimones. Y sobre la cita del Bando de Piedad, que no falta tampoco, en el artículo del buen jefe y amigo, baste decir, tras la experiencia de un visita a dicha institución, que puesto el que esto escribe entre ser toro a lidiar en la plaza o ser perrito acongojado, hambriento y maltratado en las mazmorras del susodicho Bando, optaría por la espada del matador, a veces más limpia y compasiva que lo que son muchas conciencias mojigatas.

Algo hay inédito en la diatriba de Gastón. Como si los toros no



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2/

tuvieran ya suficientes silogismos condenatorios, se apunta ahora su inconveniencia porque exacerbaría la insensibilidad y la crueldad que ganan nuestro medio. Aunque no vemos la reacción que pueda haber entre la media verónica y el imperio de los 45, tal vez sea oportuno consignar que los espectadores de los toros suelen ser pacíficos burgueses, que no se entregan al descuartizamiento de sus hijos cuando termina la corrida...

Repetimos, ya para terminar, que no somos admiradores del toreo y que nos parece muy bien salirles al paso a las charlotadas que ahora se nos preparan, siquiera sea en defensa del respeto que se merece el público.

Y en cuanto a las preocupaciones que atosigan a los detractores de la fiesta, creemos que lo más acertado sería el permitirle con todas las de la ley, para que su fracaso rotundo pusiese fin a esta polémica cansina que se suscita cada dos o tres años.

Creanos Baquero que de una temporada de corridas de toros en La Habana no iba a derivarse la floración de barbaazules que él prevé sino el simple aumento de los menesterosos, por el ingreso en tan

respetable clase de todos aquellos que expusieran su dinero en la empresa.

Dr. Agazzi



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA